



El libro completo puede leerse [AQUÍ](#)

La traducción inglesa de los presentes capítulos se encuentra [AQUÍ](#)

7. *Orgasmo masculino y femenino*

Nos preguntamos¹ ahora si esta experiencia mística, donde todo el ser es tomado por Dios, si esta especie de “orgasmo místico”, es vivido por cada uno de acuerdo a su sexualidad. Es decir, si el varón lo vive como varón y la mujer de un modo femenino. Para eso, **veamos primero cómo viven el orgasmo el varón y la mujer, y cuál es la diferencia entre un orgasmo masculino y un orgasmo femenino.**

Normalmente, la mujer, más que el hombre, considera muy insatisfactorio el sexo sin amor y necesita condiciones adecuadas para sentirse excitada sexualmente. Le atrae menos que al hombre mirar fotos con escenas sexuales violentas, imágenes de orgías, etc.

Pero esto no significa que se sienta menos excitada por la pornografía fuerte, sino que la disfruta y la valora menos y, en algunos casos, le despierta temor.

¹ Los presentes capítulos corresponden a los caps, 7-8 y 9 (págs. 65-92) del libro de [Víctor Manuel Fernández, *La pasión mística. Espiritualidad y sensualidad*, Dabar, México 1998, 95 pp.](#) Las negritas no corresponden al original.

Disfruta más con las caricias y los besos, y **necesita que el varón juegue un poco antes de penetrarla. Pero a él, en pocas palabras, le interesa más la vagina que el clítoris.**

En los momentos del orgasmo, **él suele emitir gruñidos agresivos; ella, un balbuceo infantil o suspiros.**

No olvidemos que la mujer tiene un rico plexo venoso alrededor de la vagina, que mantiene un buen flujo sanguíneo después del orgasmo. Por eso **suele ser insaciable.** Necesita descargar la congestión pelviana, y mientras esto no suceda, después del orgasmo puede tener ganas de más. La mujer requiere más tiempo, más dedicación; le hace falta que el varón le dedique un plus después que él haya alcanzado su propia satisfacción. Pero él normalmente se descarga bien en la eyaculación y queda satisfecho y agotado. Termina, y pasa a otra cosa, como si quedara vacío por dentro. Después de la eyaculación quiere descansar o busca reposo en otra parte. Ella, en cambio, se queda pegada, en una mezcla de descanso y regocijo que necesita la compañía atenta del amado. Cuando el varón llega al clímax, desciende bruscamente su interés por ella, queda exhausto, mientras ella lo necesita más que nunca. Antes de la eyaculación él hace un gran esfuerzo, y en el proceso hacia el orgasmo es cada vez más el dueño de la situación, hasta que llega un punto en que ella cede completamente, deja de ser dueña de sí y pierde la conciencia de su libertad. A eso se debe que la mujer, en el fondo, tenga miedo a la posesión total y no siempre acepte con facilidad esa entrega. Siente un oscuro respeto al poder del varón, y le inquieta la pornografía violenta.

El varón, que produce permanentemente espermatozoides, es más capaz de gozar con variedad de mujeres, mientras la mujer, que emite pocos óvulos y sólo en un período determinado, valora más la segura intimidad. Ella pone todo en cada hijo que se gesta en su cuerpo; mientras que él puede fecundar cientos de úteros más.

Pero no olvidemos que a nivel hormonal y psicológico no existe el macho puro ni la hembra pura.

Preguntémonos ahora si estas particularidades del varón y de la mujer en el orgasmo, se dan también de algún modo en la relación mística con Dios.

Podríamos decir que la mujer, por ser más receptiva, también está mejor dispuesta a dejarse tomar por Dios, está más abierta a la experiencia religiosa. Será por eso que en los templos predominan las mujeres.

Pero dicho así, estaríamos afirmando que la experiencia mística es característicamente femenina y estaría vedada a los caracteres marcadamente masculinos. Y precisamente esta cuestión nos obliga a replantearnos qué es lo que llamamos masculino, y si realmente debemos identificar lo masculino con la tendencia activa que busca poseer a la mujer. ¿Acaso no conocemos situaciones en que una mujer sumamente femenina es capaz de poseer y dominar completamente al varón? El Papa Juan Pablo II, en su documento sobre la dignidad de la mujer, hace notar una especie de “superioridad” de la mujer por su capacidad de contener y sostener al varón:

La fuerza moral de la mujer, su fuerza espiritual, se une a la conciencia de que Dios le confía de un modo especial el hombre... La mujer es fuerte por la conciencia de esta entrega... Esta conciencia y esta vocación fundamental hablan a la mujer de la dignidad que recibe de Dios mismo, y todo ello la hace “fuerte”... y se convierte en un apoyo insustituible y en una fuente de fuerza espiritual para los demás, que perciben la gran energía de su espíritu (Mulieris Dignitatem, 30, d.f).

Jean Boudrillard sostenía que el hombre creó sus instituciones y su poder para contrarrestar los poderes originales superiores de la mujer, particularmente su fecundidad, su fuerza de intuición y de

seducción y su perseverancia². De manera que no parece serio afirmar que el varón es el que domina, el que lleva las riendas.

Pero digamos que Dios tiene un poder infinito y una creatividad sobrenatural, de manera que es capaz de adaptarse a la psicología de cada ser humano en particular y puede regalar a cualquier persona una experiencia amorosa, un encuentro con él que la tome por entero, en cuerpo y alma, sin violentar las inclinaciones propias de su psicología femenina o masculina. Pero siempre se requerirá una actitud de receptividad. De hecho, en todo amor humano verdadero, se requiere que los dos, cada uno a su manera, sean receptivos. Si el varón no es receptivo, y sólo quiere ser activo y dominante, no puede experimentar plenamente la riqueza del amor. De manera que Dios se vale de ese aspecto receptivo, que no falta en el varón, para regalarle la experiencia de su amor. De hecho, todo varón ha vivido lo que es ser receptivo y depender de otra persona, cuando se quedaba sereno en los brazos de su madre. Por otra parte, puede suceder también que la mujer, por temor, reniegue de su actitud receptiva y se resista al amor divino. Por eso digamos una vez más que todo el que desee hacer una experiencia plenamente feliz del amor divino debe pedir a Dios la gracia de dejarse amar. De hecho, **Carlo Carretto, un hombre de características marcadamente masculinas, nos cuenta que en su encuentro más maravilloso con Dios, se sintió como una muchachita confiada**, lo que no le resultó molesto ni contrario a sus inclinaciones más profundas, sino dulce y maravilloso:

A los veintitrés años, cuando Dios hizo irrupción en mí con su Espíritu, la relación con él cambió completamente mi vida... Dios intervino como amante. Al principio me pareció algo tan hermoso y tan cálido, que lo miré como una presunción sentimental... Temía ser presa de un romanticismo barato... Pero no era así. La intimidad que me regalaba era tan verdadera, tan fuerte, que dejaba huellas, y las dejaba donde la duda no era posible... Jamás olvidaré la irrupción de su

² J. Boudrillard, *De la seduction*, París, 1979.

*Espíritu en mí. Era realmente la irrupción de un enamorado loco, que me pedía que le correspondiera con toda mi locura... Luego comprendí con la experiencia que **a cada uno de nosotros, aunque sea varón, Dios lo llama en femenino.** Cuando estoy en casa con él, me acurruco a su lado como una muchachita que lo espera todo de él y sin pretensiones de saberlo todo... Toda la espiritualidad del hombre bíblico es feminidad: receptividad, disponibilidad, espera, afán de pequeñez, servicio, adoración... Por algo las mujeres son las más disponibles a lo religioso (He buscado y he encontrado, Bs. As., 1985, 59-61.70).*

Pero digamos, más precisamente, que en la experiencia mística **Dios toca el centro más íntimo del amor y del placer, un centro donde no interesa demasiado si somos varón o mujer.** Y en ese centro, todos somos receptivos y vivimos una experiencia en la que no somos plenamente dueños de nosotros mismos. Por eso, los científicos suelen decir que **las diferencias entre el varón y la mujer se viven en la etapa previa al orgasmo, pero no tanto en el orgasmo mismo,** donde las diferencias entre lo femenino y lo masculino ya no son tan claras y parecen desaparecer³.

Podemos decir entonces que en la experiencia mística lo que Dios toca es un centro amoroso en el cual el ser humano sólo puede depender. Porque el ser humano no es un dios omnipotente, sino una creatura, y por eso lo más íntimo de su realidad es dependencia, es “recibir” el ser, es vivir de Dios aunque lo ignore, es beber de su manantial de vida. Y por eso mismo, **en la experiencia mística el eminentemente activo es Dios, y la creatura, sea varón o mujer, se goza en depender completamente del Dios amante, en “dejarse amar”** por él confiadamente. Este es precisamente el gran paso espiritual.

Evidentemente, puede haber ciertas características secundarias que muestran que el varón lo vive de un modo diferente a la mujer, pero eso no cambia la esencia de la experiencia, donde **tanto el**

³ Reich, W., La función del orgasmo, México, 1994. Eysenk-Wilson, *Psicología del sexo*, Barcelona, 1981

varón como la mujer son fundamentalmente receptivos. Y sólo porque aceptan recibir de él, depender de su impulso amoroso, pueden sentirse también activos, pueden sentir que participan personal y creativamente en esa experiencia de amor. Al mismo tiempo, viven ese toque divino sin sentirse forzados, porque la gracia de Dios tiene el poder divino de hacer que aceptemos con una total libertad su iniciativa de amor.

8 el camino hacia el orgasmo

Todo lo que hemos visto nos muestra que **Dios no es enemigo de nuestra felicidad, que no mutila nuestra capacidad de amar, porque es amor, amor apasionado, amor que hace bien, que libera, que sana.**

Pero podemos preguntarnos si todos estamos llamados a una experiencia apasionada de Dios, como las que han tenido los místicos que hemos mencionado.

En primer lugar, tenemos que decir que todo depende de lo que Dios quiera regalar a cada uno. No podemos nunca exigir a Dios que se nos entregue de una manera u otra, porque si a nadie podemos exigir que se adecúe a todos nuestros deseos, y a nadie podemos obligar a que nos ame de un modo especial, menos a Dios. Por otro lado, podemos constatar que Dios ha dado siempre su amor de modos muy diferentes. **Algunos santos comenzaron a tener experiencias embriagantes de Dios** poco tiempo después de haberse convertido, o en la misma conversión; otros, **como santa Teresa de Ávila**, lograron esas experiencias después de muchos años de sequedad espiritual. **Santa Teresita de Jesús, aunque se sentía tiernamente amada por Dios, nunca tuvo experiencias muy “sensuales” de su amor, y parece que sólo alcanzó un gozo desbordante y apasionado en el instante de su muerte**, cuando su rostro se transfiguró y dijo sus últimas palabras: “¡Te amo, oh Dios mío, te amo!”

Sin embargo, también tenemos que decir que, si esa experiencia amorosa y apasionada de la presencia de Dios es algo plenificante, algo que armoniza y serena maravillosamente nuestra afectividad y nuestra sensualidad, entonces todos tenemos al menos el derecho de desearlo. Si esa experiencia apasionada de Dios libera nuestra psicología de tantos sentimientos de insatisfacción, de tantas heridas que hemos recibido por faltas de amor, entonces **tenemos el derecho de anhelar que Dios nos conceda esa experiencia liberadora**. Si sabemos que nuestra emotividad herida e insatisfecha nos lleva muchas veces a causar daño a otros, a no entregarnos con alegría al servicio de los demás, entonces es lícito que nos atraiga esa experiencia de Dios que nos permitiría ser más disponibles, más serenos, más generosos, menos pendientes de nosotros mismos.

Pero con esto tampoco está todo dicho. Porque creemos que Dios tiene en cuenta el camino que tratamos de hacer nosotros, y quiere que estemos personalmente implicados en nuestro camino de liberación. La iniciativa siempre es de su gracia; pero una vez que nos la ha regalado, nos toma tan en serio, que nos permite aportar algo de nosotros para que esa gracia llegue a todos los rincones de nuestro ser. Por ejemplo, si alguien está enfermo porque guarda en su corazón un rencor, una falta de perdón a su padre, entonces parece que el sólo hecho de pedir perdón a Dios y de recibir su gracia no basta para que se libere de esas heridas que lo condicionan. Se requiere también lo que se llama una “cooperación” con la gracia recibida, una oración “adecuada”.

La oración adecuada es algo más que rezar un padrenuestro pidiendo a Dios que me libere de mi enfermedad. Es una oración donde yo trato de sanar, con la gracia de Dios, la raíz de mi enfermedad, esa falta de perdón que tengo para con mi padre, por ejemplo.

Entonces, cada día le pido a Dios la gracia de poder comprender y perdonar a mi padre. Y si advierto que en realidad ni siquiera quiero perdonarlo, entonces durante un tiempo pido a Dios la gracia

de “desear” perdonarlo. Y en esa misteriosa combinación de la iniciativa de su gracia y mis pobres intentos, llegará el momento en que me brote espontáneamente el deseo sincero del perdón, y luego un fuerte impulso de dar ese perdón, de decir, al menos en mi interior: “Papá, te perdono y te doy gracias porque me diste la vida”.

Una vez dado ese perdón, es muy posible que muchas cosas empiecen a resolverse, que la enfermedad se haga más llevadera y quizás se cure. Vemos entonces que hay una “manera” más adecuada de hacer una oración, que facilita la acción de la gracia en alguna dimensión de mi ser donde todavía no ha llegado.

Lo mismo puede suceder en mi experiencia del amor de Dios. Puede ser que mi experiencia de Dios sea verdadera, aunque la viva en medio de una aridez afectiva. Puede ser que Dios me purifique mediante esa entrega sin sentimientos ni pasión y que mi fe sea muy profunda. Pero si al mismo tiempo mi afectividad no está sana, eso significa que esa experiencia no basta. Por ejemplo, si no me basta para ser fiel a mi esposa, o para ser feliz en mi matrimonio, o para vivir con gozo mi celibato, o para trabajar con entusiasmo, o para tratar bien a los demás, quiere decir que la manera como estoy encontrando a Dios todavía es muy pobre.

Puedo entonces preguntarme si no estaré escapando, por distintos motivos, del amor de Dios; si no hay algo dentro de mí que me lleva a poner resistencias al amor de Dios, a desconfiar de él, etc.

Entonces, puedo comenzar a pedirle cada día que me dé su gracia para entregarle ese miedo, para arrojarme en sus brazos, para dejar que entre allí donde yo no se lo permito.

Alguien podría pensar que en realidad ahora sería mejor disfrutar de esta corta vida y, en todo caso, dejar para después de la muerte esa experiencia del amor divino, ya que tendremos toda la eternidad para eso. Pero eso es absurdo si pensamos que cada creatura, cada cosa bella de este mundo, por más preciosa que sea, es sólo un reflejo pálido de la infinita belleza de Dios. Sólo él es bello, y las

demás cosas son hermosas sólo en la medida en que reciben alguna hermosura de ese manantial infinito que es Dios. Por lo tanto, **todos los atractivos de este mundo deberían elevarnos, ya desde ahora, al encuentro con la fuente divina**, a beber de ese surgente inagotable de bien y de belleza. **De lo contrario, sería como si nos pasáramos ochenta años sintiendo el aroma de una deliciosa comida en lugar de sentarnos a la mesa y disfrutarla felices.** Pero, además, **esperar la muerte para tener la experiencia de Dios va contra la lógica del amor.** Ninguna persona verdaderamente enamorada sería capaz de pasarse ochenta años probando otros placeres y dejando para después el maravilloso abrazo de la amada. Simplemente, no soportaría la espera, esos años se le harían eternos, y todas las demás bellezas nunca lo dejarían satisfecho, sólo le despertarían cada vez más la sed de abrazarla. Lo mismo sucede con los que han probado el amor divino, como san Agustín, san Francisco de Asís, etc.

Eso no significa que Dios me regale pronto la experiencia de Ángela de Foligno o las llagas de san Francisco de Asís. Me dará lo que mi corazón esté necesitando y lo que libremente me quiera dar. También hay temperamentos que naturalmente están mejor predispuestos para ese tipo de experiencias y otros que no lo están tanto. Pero es muy posible que, haciendo un camino adecuado, todos podamos tener una experiencia más plena del amor de Dios, una experiencia que sane nuestra afectividad enferma, nuestra emotividad lastimada, que nos haga más alegres en nuestra entrega cotidiana, que nos haga más libres y felices.

Pero **esto tampoco significa necesariamente que esa experiencia gozosa del amor divino, si la alcanzo, me liberará de todas mis debilidades psicológicas. No significa, por ejemplo, que un homosexual necesariamente dejará de serlo.** Recordemos que la gracia de Dios puede coexistir con debilidades y también con pecados, cuando hay un condicionamiento muy fuerte. **En esos casos, la persona puede hacer cosas que objetivamente son**

pecado, pero no ser culpable, y no perder la gracia de Dios ni la experiencia de su amor. Veamos cómo lo dice el Catecismo de la Iglesia Católica:

La imputabilidad y la responsabilidad de una acción pueden quedar disminuidas e incluso suprimidas a causa de la ignorancia, la inadvertencia, la violencia, el temor, los hábitos, los afectos desordenados y otros factores psíquicos y sociales (CEC 1735).

Puede haber una religiosa que tenga que hacer grandes sacrificios para ser fiel a su virginidad, porque su psicología tiene algún fuerte condicionamiento en ese orden, y, sin embargo, tener al mismo tiempo una hermosa vivencia del amor de Dios muy auténtica, que la haga feliz.

Digamos finalmente que, **en orden a alcanzar una experiencia gozosa y apasionada del amor divino, hay una cooperación sumamente importante: los actos de amor al hermano.** Todo acto generoso, todo servicio afectuoso que prestemos a los demás, nos asegura que nuestra experiencia de Dios está bien encaminada. Así lo dice la Biblia:

El que ama al hermano camina en la luz y no tropieza. Pero el que no ama al hermano está en las tinieblas, camina en las tinieblas, no sabe a dónde va, porque la oscuridad lo ha dejado ciego (1 Jn 2,10-11).

Además, todo acto sincero de amor al hermano nos va abriendo el corazón, lo va ablandando y lo libera del egoísmo. Y así el corazón se dispone mejor para dejarse amar por Dios.

Por eso decía san Buenaventura que las obras de misericordia facilitan la contemplación divina y nos disponen a amar plenamente a Dios:

Hay cierta acción que, unida a la contemplación, no la impide, sino que la hace más fácil, como las obras de misericordia y piedad (IV Sent., 37,1, 3, ad 6).

Quien quiera ser perfecto amante de Dios, debe ejercitarse ante todo en el amor al prójimo (III Sent., 27, 2, 4).

En ese sentido, viene bien advertir que, **cuando la Biblia habla de Dios como esposo, no se refiere al Señor como esposo del corazón de cada ser humano, sino como esposo de su Pueblo, o de la Iglesia (Os 2,21-25; Ef 5,25; Ap 21,2-3). Eso significa que yo sólo puedo hacer una experiencia auténtica y apasionada del amor de Dios, si me siento, parte de su Pueblo, si me uno a su Iglesia, si no me aísló o me separo de los demás.**

9 DIOS en el orgasmo de la pareja

Hasta ahora **hemos hablado sobre la posibilidad de llegar a una especie de orgasmo plenificante en nuestra relación con Dios**; lo que no implica tanto alteraciones físicas, sino simplemente que Dios llega a tocar el centro anímico-corpóreo del placer, de modo que se experimenta una satisfacción que abarca a toda la persona. Esto nos lleva a otra consecuencia importante: nos invita a descubrir que, si **Dios puede hacerse presente en ese nivel de nuestra existencia, también puede hacerse presente cuando dos seres humanos se aman y llegan al orgasmo**; y ese orgasmo, vivido en la presencia de Dios, puede ser también un sublime acto de culto a Dios.

Esto es indudable si partimos de un presupuesto elemental: **Dios ama la felicidad del hombre, por lo tanto, también es un acto de culto a Dios vivir un momento de felicidad.**

Algunos textos de la Biblia nos confirman esta verdad:

No hay mayor felicidad para el hombre que comer y beber y disfrutar en medio de sus fatigas. Yo veo que eso también viene de la mano de Dios, pues quien come y bebe lo tiene de Dios (Ec 2,24-25).

Que todo hombre coma y beba y disfrute en medio de sus preocupaciones. Eso es don de Dios (Ec 11,8).

Hijo, trátate bien con lo que tengas... No te prives de pasarte un buen día, no dejes de satisfacer ningún deseo legítimo (Eclo 14,11.14).

Vemos así que **el placer también es algo religioso, porque “es un don de Dios”**. Por eso, el que es capaz de disfrutar en la

presencia de Dios, puede ser más fácilmente consciente del amor de Dios, y así abrirse a amar a los demás. **El que no es capaz de disfrutar de los placeres de la vida, porque no se ama o no se acepta a sí mismo, difícilmente podrá amar generosamente a los demás.** Por eso dice la Biblia:

El que es malo consigo mismo, con nadie podrá ser bueno. No logra contento en medio de los tesoros. Nadie es peor que el que se tortura a sí mismo (Eclo 14,5-6).

Podemos, pues, decir que estamos agradando a Dios y rindiéndole culto cuando somos capaces de gozar de los pequeños placeres legítimos de la vida. Entonces, **no tenemos que escapar o escondernos de Dios cuando gozamos, porque es él quien “creó todas las cosas para que las disfrutemos” (1 Tim 6,17).** Leamos, por ejemplo, el elogio del vino que hace la Biblia:

El vino es como la vida para el hombre, si lo bebes con medida. ¿Qué es la vida para quien no tiene el vino, que ha sido creado para la alegría de los hombres? Es regocijo del corazón y contento del alma... (Eclo 31,27-28).

Todo esto puede decirse también del placer sexual, que ha sido creado por Dios para la felicidad del hombre. Por eso, en la misma Biblia hallamos elogios al cuerpo de la mujer, como el siguiente:

¡Qué bella eres, qué encantadora, oh amor, oh hija de delicias! Tu talle se parece a una palmera, y tus pechos son como los racimos. Por eso, ya he dicho, subiré a la palmera y tomaré esos racimos (Cant 7,79).

Además, **el placer sexual tiene una nobleza particular por encima de los demás placeres del cuerpo, porque el placer sexual es vivido por dos, es compartido,** y puede ser una maravillosa expresión de amor. Pero precisamente por eso el placer sexual puede perder toda su belleza cuando es sólo búsqueda de satisfacción personal y no se tiene en cuenta al otro, cuando se usa al otro sólo para beneficio personal de cada cual.

Lo que sucede es que un ser humano no es un plato de comida o un vaso de vino. Es sagrado, y no puede ser usado, sino debe ser objeto de amor.

Cuando se alcanza el placer sexual en un acto de amor, cuando los que hacen el amor son dos personas que se quieren, que se acompañan, que se ayudan, que han decidido ante Dios compartir todo para siempre y a pesar de todo, entonces el placer sexual es también un acto de culto a Dios, que ama la felicidad de los que se aman. En ese encuentro de amor, no busca cada uno su placer a toda costa, sino trata al otro con una delicadeza y una ternura que reflejan el amor divino, busca que el otro goce también lo más posible y que sea inmensamente feliz. Así, **el placer del orgasmo se convierte en un anticipo de la maravillosa fiesta de amor que es el cielo.** Porque no hay nada que anticipe mejor el cielo que un acto de caridad.

Debemos decir, por lo tanto, que no agrada a Dios la actitud de ciertas personas falsamente espirituales que niegan permanentemente al cónyuge la relación sexual, con la excusa de que buscan un amor más “perfecto”. Porque es precisamente la unión sexual, como expresión de amor, lo que mejor manifiesta el amor de los esposos, lo que mejor lo protege y lo que más lo hace crecer. Ya lo decía el Concilio Vaticano II:

Este amor, asociando al mismo tiempo lo humano y lo divino, lleva a los esposos al don libre y mutuo de sí mismos, manifestado por sentimientos y actos de ternura, e impregna toda la vida... Este amor se expresa y perfecciona particularmente con el acto conyugal (Gaudium et Spes, 49).

El placer sexual no dificulta la espiritualidad ni la contemplación, porque si la unión sexual es un acto de amor, éste no hace más que abrir el corazón, y facilita así la contemplación de Dios. Ya decía san Buenaventura que “nadie llega a la contemplación si no se ejercita en el amor al otro” (III S., 27, 2,

4; *IV S*, 37, 1, 3, ad 6), y según santo Tomás de Aquino “el afecto humano se dilata con el placer” (*Summa Th.*, I-IIae, 31, 3).

Fue la mentalidad griega la que influyó negativamente en el cristianismo, transmitiéndole un cierto desprecio del cuerpo. Los griegos no tenían una visión del hombre tan unitaria como la de la Biblia; más bien, entendían al hombre como formado por dos “partes”, el alma y el cuerpo. Por eso, pasaban fácilmente de la exaltación del cuerpo a su desprecio total. Si se dedicaban al cuerpo, el cuerpo lo era todo; si se dedicaban a las cosas espirituales, despreciaban todo lo que tuviera que ver con el cuerpo. Cuando esta mentalidad griega influyó en el cristianismo, produjo la idea de que para ser más “espirituales” era necesario despreciar el cuerpo. Sin embargo, sabemos que los peores pecados, como el orgullo o el odio, no son precisamente pecados que tengan que ver con el cuerpo; son más bien “espirituales”; y sabemos también que en las obras más grandes de amor y de entrega también interviene el cuerpo.

Evidentemente, tampoco queremos decir que todo lo que tenga que ver con el cuerpo sea santo, porque una pareja puede quitar al sexo su finalidad más preciosa, y los amantes pueden convertirse sólo en dos ególatras que se masturban mutuamente. Además, el sexo sólo ha de ser una parte de la vida de la pareja, una manera agradable de expresarse el amor y de hacerse feliz; el sexo por el sexo mismo es una forma de quedarse en la adolescencia y de falta de maduración. **El sexo sólo por el sexo es de hecho la forma de sexualidad más común del adolescente que se masturba, porque en la masturbación alcanza placer y escapa del compromiso con el otro, se protege de los demás y no da nada de sí. De esa manera, sigue ligado a sus padres y no se desprende del cascarón familiar. Lo mismo le sucede a los que cambian constantemente de pareja y escapan así del compromiso afectivo.** Y eso es, en definitiva, lo que se propone en la publicidad: adornar el propio cuerpo y rodearlo de cosas impresionantes para poder conseguir

objetos de placer; así se quita al cuerpo su dignidad de instrumento y expresión de amor.

Para que el sexo no sea sólo una forma de usarse y consumirse mutuamente, es indispensable que en la pareja haya otras inquietudes y, sobre todo, que el amor mutuo se abra para buscar juntos la felicidad de los demás. Luchar juntos por algo, salir del encierro asfixiante de los dos, impide que el placer se enferme o se muera, porque así se mantiene el corazón abierto. De hecho, en la imagen cristiana de Dios, el amor entre el Padre Dios y su Hijo se abre necesariamente a una tercera persona, el Espíritu Santo. Por eso, todo auténtico amor de pareja, fuente de los mejores placeres, está abierto a los otros. El placer que no sólo produce una descarga momentánea, sino que planifica y da felicidad, es el que está unido al amor, y el amor es la verdadera santidad.

Y tan unido está el placer con la santidad que, según santo Tomás, si el hombre estuviera libre del pecado habría mucho más placer en las relaciones sexuales (*Summa Th.*, 1, 98, 2).

Por eso, en la mentalidad de santo Tomás, la relación sexual en el matrimonio ya no es un “pecado permitido”, como decían algunos santos Padres de la Iglesia, sino puede ser también un acto meritorio, que hace crecer la perfección de un ser humano a los ojos de Dios. Es interesante descubrir cómo también en otras religiones hay una profunda valoración del placer sexual. Danielou, a partir de un análisis del shivaísmo, hace la siguiente reflexión:

El gozo es reflejo del estado de perfección, del estado divino. Durante un instante el hombre olvida sus intereses, sus problemas, sus deberes, y participa en el sentimiento de felicidad que es su verdadera naturaleza, su naturaleza inmortal... Nosotros alcanzamos mil veces más fácilmente la perfección interior —dice esta antiquísima religión— por la experiencia del gozo de los cuerpos que a través de las austeridades. De la unión erótica a la unión mística hay un paso fácil de dar (La sculpture érotique, París 1973,15).

Y un venerable teólogo egipcio del siglo XV hacía la siguiente alabanza a Dios:

Alabado sea Alá, que afirma los penes duros y rectos como las lanzas para hacer la guerra en las vaginas (Al Sonuouti).

No olvidemos que la sexualidad humana es parte de la obra más perfecta de Dios, la del último día, cuando Dios, al contemplar lo que hizo, “vio que era muy bueno” (Gén 1,31).

Separar a Dios del placer es renunciar a vivir una experiencia liberadora del amor divino. Querer esconderse de Dios cuando experimentamos placer, como aquella mujer que escondía el crucifijo cuando tenía relaciones con su esposo, es creer en un falso Dios que, en lugar de ayudarnos a vivir, se convierte en un perseguidor que odia nuestra alegría.

Así como un artista puede ofrecer a Dios, con inmensa ternura, una maravillosa obra de arte que ha logrado crear, así también una pareja puede regalar a Dios un bellissimo acto de amor en el que logran desbordar de placer y de gratitud, haciéndose felices mutuamente. Dios también goza con nosotros; es el más maravilloso de los poetas, porque la inspiración de éstos también es un reflejo de la sublime poesía de Dios.

Por algo, cuando los poetas ya no encuentran palabras para hablar del exceso de su amor, usan palabras de alto contenido religioso. Por ejemplo, la palabra “gracia” es uno de los términos más sagrados de la teología cristiana, porque expresa el amor completamente gratuito de Dios, que no puede merecerse ni comprarse con hada, que sólo se puede recibir como un regalo divino. Cuando Pablo Neruda quiso hablar de lo que significaba para él el cuerpo de la mujer amada, tuvo que acudir a esa palabra:

*Cuerpo de mujer mía,
persistiré en tu gracia.
Mi sed, mi ansia sin límite...
(Poema 1).*